

Lili Boulanger, a 100 años de su muerte

por Hugo Roca Joglar

A Carolina Castañeda Van Waeyenberge

La presencia del órgano resulta siniestra. El movimiento de sus sonidos produce una sensación de angustia; se mueven de formas incomprensibles: ni retroceden ni avanzan, es como si se abrieran y cerraran, pero nunca terminaran por completar la apertura o el encierro. De su existencia incierta se desprenden ideas circulares y acuáticas: suaves vibraciones surgen y desaparecen sobre la superficie de nocturna agua estancada. Dos violines y el violonchelo construyen una homófona frase compuesta por tres largas notas cuya expresión tensa y sombría precede al lamento de la mezzosoprano: “Pie Jesus Domine/dona eis requiem” (piadoso Jesús, nuestro Señor/dales descanso), resuena el canto oscuro de una mujer doliente.

Lili Boulanger (1893-1918) es la primera mujer que ganó —en 1913, a los 19 años, gracias a su cantata *Faust et Hélène* para coro, orquesta y cantantes solistas— el Prix de Rome, máxima distinción que la monarquía francesa otorgaba a los músicos. El premio le granjeó un contrato con la casa editora Ricordi (la que publicó a Rossini y a Verdi) en el que se comprometía a escribir dos óperas. Para la primera, guiada por el impresionismo, escogió *La princesse Maleine* de Maurice Maeterlinck (1862-1949), obra simbolista que narra la tragedia de una frágil princesa.

Poco después de comenzar la escritura de la ópera, a Lili se le acrecentó un dolor agudo y punzante debajo del ombligo. La hospitalizaron en 1917; al abrirle el estómago, los médicos descubrieron que su apéndice infecto había reventado. Removieron los pedazos y le pronosticaron seis meses más de vida.

Lili murió el 15 de marzo de 1918 a los 24 años. Su muerte enlutó a la música francesa. Durante su funeral, celebrado en París en plena Guerra Mundial, lloraron su maestro Gabriel Fauré (1845-1924), su precursora Cécile Chaminade (1857-1944), compositores de la generación anterior —como Gustav Charpentier (1860-1956), Charles Koechlin (1867-1950) y Maurice Ravel (1875-1937)— y sus contemporáneos Arthur Honegger (1892-1955), Francis Poulenc (1899-1963) y Germaine Tailleferre (1892-1983).

De su catálogo, que abarca 50 obras (escritas a lo largo de la década comprendida entre 1909, año de su ingreso al Conservatorio de París, y 1918), destacan *D'un matin de printemps* (1918) para flauta o violín y piano, el trío de cuerdas *D'un soir*



Lili Boulanger (1893-1918)

triste (1918) y *Pour des funérailles d'un soldat* (1913) para barítono, coro y orquesta, sobre un texto de Alfred de Musset (1810-1857). Varias de sus obras fueron destruidas por ella, como una marcha fúnebre para pequeña orquesta de 1916, y otras las dejó inconclusas, como su ópera (de la cual sólo se conoce una escena completa).

Mientras agonizaba, desde su cama Lili le dictó a su hermana mayor, Nadia, su última obra: un *Pie Jesus* para mezzosoprano, cuarteto de cuerdas, órgano y arpa. La oscura voz de la mujer doliente encuentra, al repetir la frase “dona eis requiem” cierto sosiego, pero la angustia en el órgano permanece estancada al fondo y las cuerdas de tres largas notas sombrías acentúan la sensación de asfixia. Hacia la mitad de la obra el ritmo se colisiona y los mismos acontecimientos suenan cada vez más suaves, cada vez más distantes. La mezzosoprano incorpora una palabra nueva en su canto: “sempiternam” (eterno), que provoca la inesperada aparición de un arpa. El órgano, tras la súplica por descanso eterno en la voz humana, pierde todos sus colores y el vacío sonido de su pedal permanece vibrando, inexorable y absoluto, hasta que desaparece en la nada.

[Este artículo se publicó originalmente en el suplemento cultural “Laberinto” del diario *Milenio*.] ●